

I San Ignacio ante la muerte

Javier Melloni

En su *Autobiografía*, San Ignacio se refiere a sí mismo como el peregrino, término que aparece setenta y siete veces a lo largo del relato. ¿De dónde a dónde fue su peregrinaje? De su propio autocentramiento al centramiento en Dios. La muerte física o biológica es la culminación de ese descentramiento, de ese éxodo, de ese caminar hacia un término que al mismo tiempo es nuestro origen. En los Ejercicios se encuentra una significativa sentencia que recoge este dinamismo: “*Piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales cuanto saliere de su propio amor, querer e interés*” [Ej 189]. Este salir de sí es un entrar en Dios. Y este salir, como ese entrar, es inacabable hasta el momento de la muerte, donde nuestro adentramiento en Él será definitivo. Pero antes de que suceda hay que hacer un largo recorrido. San Ignacio narra este proceso en su *Autobiografía*. También aparecen referencias en los Ejercicios y en las *Constituciones*. A través de estos tres textos podemos seguir el rastro de cómo él se situó ante la muerte y cómo estuvo presente en varios momentos de su vida como mistagoga y maestra.

119

1. San Ignacio ante la muerte en la Autobiografía

El primer momento en que Ignacio se confronta con la muerte está en estrecha relación con su conversión, tras la herida en la batalla de Pamploña. Hallándose convaleciente en su habitación en Loyola,

Iba empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Llegando el día de san Juan, al tener muy poca confianza los médicos de su salud, fue aconsejado que se confesase. Recibió los sacramentos la víspera de san Pedro y san Pablo y los médicos dijeron que si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. El dicho enfermo era devoto de san Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor. Fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte [Au 3].

Javier Melloni

El párrafo comienza diciendo que no podía comer y lo menciona como el primer signo de su estado terminal. Y esto es así porque comer está vinculado al instinto primordial de vivir y a su fortalecimiento; sin embargo, está también indisolublemente vinculado a la pulsión de depredación. Cuando comemos, algo muere para que nosotros tengamos vida. Por ello el ayuno está presente en todas las vías espirituales como un camino de contención que ayuda a la rendición del yo. De un modo inesperado, se recupera en la vigilia de san Pedro y san Pablo. No había llegado su momento. Los que han estado a punto de morir por enfermedad o por accidente tienen una percepción diferente de la vida de los que no han conocido tal extremo. Marcados por esta experiencia les queda un fondo de gratitud y de desasimiento que marca con frecuencia un cambio de orientación, tal como sucedió con san Ignacio. Sin embargo, una única experiencia no consigue cambiar las capas más profundas de nuestro ser, las cuales no se rinden fácilmente.

La persistencia de una autoafirmación altiva se pone de manifiesto poco después, camino de Jerusalén, a la altura de Zaragoza, a propósito de la discusión con un musulmán. Aunque había partido como peregrino, sus pulsiones violentas seguían en él. Veamos cómo se desarrolló el encuentro con el musulmán a propósito de una discusión sobre la doble virginidad de María:

120

Yendo por su camino le alcanzó un moro, caballero en su mulo; hablando vinieron a hablar en nuestra Señora; y el moro decía que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre; mas el parir, quedando virgen, no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían. El peregrino, por muchas razones que le dio, no pudo deshacer tal opinión.

Tras este acalorado diálogo, el musulmán decide proseguir su camino más aprisa e Ignacio se queda solo,

pensando en lo que había pasado con el moro. En esto le vinieron unas mociones que hacían en su ánimo descontentamiento, pareciéndole que no había hecho su deber, y también le causan indignación contra el moro, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de nuestra Señora, y que era obligado volver por su honra. Perseverando mucho en el combate de estos deseos, quedó dudoso sin saber lo que era obligado a hacer [Au 15-16].

Finalmente retrocede para ir a buscarle y aquí aparece una expresión sorprendente: “*para darle de puñaladas por lo que había dicho*” [Au 16]. Pero al encontrar una encrucijada, deja en manos de la mula la

San Ignacio ante la muerte

resolución final: si tomaba el camino por donde había ido el moro, vuelve a utilizar la expresión: “*le daría de puñaladas*”; si tomaba el otro, lo dejaría estar. Gracias a Dios, la mula eligió el camino de la no-violencia. Hemos visto que en el texto aparece dos veces esa expresión tan brutal. Y ello por una mera discusión que se convierte en una cuestión de honor, no solo respecto a la Virgen María, sino por su orgullo herido porque “*por muchas razones que le dio, no pudo deshacer tal opinión*”. Es decir, al no deshacerle la opinión, quiere deshacerse de él. La pulsión de muerte todavía está incrustada en el peregrino. Sabemos que antes de su conversión había tenido problemas con el uso de las armas. Diego Laínez escribe de Ignacio que “*era especialmente travieso en revueltas y cosas de armas*”¹. En los Carnavales de 1515 en Azpeitia estuvo envuelto en una reyerta junto con su hermano por lo que ambos fueron procesados. En las actas del juicio se dice que andaba “de ordinario armado de coselete y coraza, de flechas y ballestas y de todo género de armas, como un hombre de armas”². Tres años más tarde pide permiso al ayuntamiento de Azpeitia para disponer de armas con el fin de defenderse de quien le buscaba por alguna contienda pendiente³. Su misma participación en la batalla de Pamplona muestra que el recurso a la violencia no era un problema para él. Con este trasfondo se comprende mucho mejor la importancia que tuvo el gesto de entregar su espada ante la Virgen de Montserrat.

El siguiente episodio tiene lugar durante los primeros meses de su estancia en Manresa. La pulsión de muerte sigue latente pero, en este caso, en lugar de matar a otro, es él el que se quiere matar a sí mismo. Se halla al borde de la desesperación provocada por la obsesión por unos escrúpulos que giran en torno a su autoimagen. Tanto en el caso del musulmán como en su tentación de suicidio, Ignacio sigue siendo el centro de sus decisiones. Matar o matarse son determinaciones radicales del ego que busca posesionarse con absoluta de sí mismo o de los demás. Veamos qué le detuvo en esta ocasión:

Estando en estos pensamientos, le venían muchas veces tentaciones con grande ímpetu para echarse a un gran agujero que tenía su cámara y que estaba junto del lugar donde hacía oración. Mas conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: «¡Señor, no haré cosa que te ofenda!», repitiendo estas palabras muchas veces [Au 24].

¹ FN I, 154-156.

² Citado por R.GARCÍA-VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid 1986, 97-99.

³ Op. cit., 130.

Javier Melloni

Lo que en esta ocasión le detiene no es una mula sino el pensamiento de Dios. Quitarse la vida supone atravesar una línea roja cuyo territorio pertenece a Dios. Ello le permite contener su pulsión. Frenado por este pensamiento, se le ocurre recurrir al ayuno para llevar su vida al límite pero sin que lo haya de traspasar:

Matar o matarse son determinaciones radicales del ego que busca posesionarse con absolutez de sí mismo o de los demás.

Le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacerlo, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese o que se viese ya del todo cercana la muerte. Porque si le acaeciese verse in extremis, de modo que, si no comiese, se hubiese de morir luego, entonces determinaba de pedir pan y comer; en el caso de que lo pudiera él en aquel extremo pedir y comer [Au 24].

No necesitó llegar hasta tal límite. La liberación de su agonía a causa de los escrúpulos se resuelve poco a poco a medida que va cediendo su voluntad. Una mañana al despertarse se le presentó la visión de un trozo de carne. Comprendió que, aunque estaba en contra del propósito que se había hecho, se le había presentado “para que de aquí en adelante la comiese” [Au 27]. Ignacio va entendiendo que no tiene que llevar las cosas hasta el extremo que se propone, sino que Dios le está invitando a dejarse conducir. Es decir, va cediendo a la determinación de su ego para poner su confianza en Dios. Tras la iluminación del Cardoner las cosas cambian todavía más. Se produce en él un radical descentramiento de la mirada, a partir de lo cual “le parecía que fuese otro hombre y que tuviese otro intelecto que el que antes tenía” [Au 30]. Este nacimiento deja atrás un hombre viejo. No es por azar que justo a continuación aparezcan los pasajes más explícitos en el que el peregrino reflexiona sobre su actitud ante la muerte [Au 32 y 33]. El primero es una enfermedad muy grave que tuvo mientras se hallaba en el albergue para pobres y peregrinos de Manresa:

Se llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que el ánima se le había de salir. Y en esto le venía un pensamiento que le decía que era justo. Con tal pensamiento tenía tanto trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante. Y con esto tenía más trabajo que con la misma fiebre; mas no podía vencer tal pensamiento por mucho que trabajaba. Aliviado un poco de la fiebre, ya no estaba en aquel extremo de expirar, y empezó a dar grandes gritos a unas señoras, que habían venido a visitarle, que por amor de Dios, cuando otra vez le viesen en punto de morir, le gritasen diciéndole que era un pecador y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios [Au 32].

San Ignacio ante la muerte

La enfermedad ha pasado a un segundo plano para dejar en primero su combate espiritual que pone de manifiesto un estado todavía muy autocentrado: se siente digno de morir, con las manos demasiado llenas de sí mismo. El potencial revelador de la muerte pone al descubierto lo que en circunstancias normales permanece latente y difuso: la capa narcisista que todavía le cubre. Pero no sólo se manifiesta eso: también la claridad y la fuerza para desprenderse de ello. Esa lucha es librada gracias a la situación límite en que se halla, la cual actúa como acicate. Frente a la voz que le hace sentirse justo, recurre a la voz de las mujeres que han venido a asistirle que le recuerden su verdad. Es decir, ante las puertas de su muerte le ha brotado tanto la autosatisfacción como la claridad de que no puede morir en ese estado y lo mucho que le queda por recorrer.

El siguiente episodio tiene lugar catorce años más tarde en el mar, dirigiéndose hacia Venecia:

Yendo de Valencia para Italia por mar con mucha tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos que, a su juicio y de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podría huir de la muerte. En este tiempo, examinándose bien, y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios Nuestro Señor le había comunicado [Au 33].

123

El modo de reaccionar es muy diferente al anterior: ya no está satisfecho de sí mismo sino que es consciente de todo lo que le ha quedado por hacer como respuesta a los dones recibidos. A pesar del progreso respecto a unos años atrás, la mirada todavía está dirigida hacia sí mismo porque aún está pendiente de evaluar su respuesta. No hay temor, pero no está todavía en el reino de la gratuidad.

El tercer momento se sitúa ya avanzada su edad:

En el año 50 estuvo muy malo de una muy recia enfermedad que a juicio suyo y aun de muchos, se tenía por la última. En este tiempo, pensando en la muerte, tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derretía todo en lágrimas; y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por no tener tanto de aquella consolación [Au 33].

Estas palabras recuerdan el pasaje que recoge Pedro de Ribadeneira en su biografía:

Al cabo de un rato de fijar los ojos en el cielo y estando como hombre arrobado y suspenso y que volvía en sí, se estremecía y saltándole las lágrimas de los ojos por

Javier Melloni

el grande deleite que sentía en su corazón, le oía decir: “¡Ay, cuán vil y baja me parece la tierra cuando miro al cielo!”⁴.

La muerte de San Ignacio fue muy discreta. En palabras de Polanco, “pasó al modo común de este mundo”.

Aquí solo hay olvido de sí mismo. Ya no queda ninguna autorreferencia sino que su mirada está totalmente dirigida hacia Dios. El peregrino está a punto de terminar su ruta y está listo para concluirla. Desde hacía años tenía una salud delicada, con frecuentes dolores agudos de estómago. Tras esa grave enfermedad de 1550 a la que se refiere, presentó su renuncia al generalato porque no se veía con fuerzas. Sus compañeros no aceptaron la renuncia. Siguió en el cargo, pero más debilitado. Se comentaba en la casa que cuando

había algún problema importante, san Ignacio se reponía. Así lo recoge González de Cámara en su *Memorial*: “Cuando hay trabajos, el Padre Ignacio está sano”⁵.

Su muerte fue muy discreta. Durante todo el mes de julio se encontró muy mal hasta el punto que le llevaron a la casa de campo del colegio romano. Regresó a Roma los últimos días de julio. Murió durante una madrugada calurosa romana, el 31 de julio de 1556, después de haber repetido varias veces durante la noche: “¡Ay, Dios!”. En palabras de Polanco: “Antes de dos horas del sol, estando presente el P. Madrid y el P. Andreas de Freux, dio el alma a su Criador y Señor, sin dificultad alguna”. Y añade: “Pasó al modo común de este mundo”⁶. La semilla contenida en la cáscara del cuerpo estaba lista para partir. En la autopsia le encontraron tres piedras biliares en el hígado. El peregrino había llegado ya en vida al final de su peregrinaje porque él mismo dice en el término de su relato que con los años había estado “*siempre creciendo en devoción, esto es, en facilidad de encontrar a Dios, y ahora más que en toda su vida. Y siempre y a cualquier hora que quería encontrar a Dios, lo encontraba*” [Au 99]. Si podía encontrar a Dios con tanta facilidad es porque se había desalojado de sí mismo. Ignacio había culminado su peregrinaje en vida y ya estaba habitando en Dios.

Este rápido recorrido por los momentos más significativos de la vida de Ignacio en relación con la muerte nos permite comprender mejor los

124

⁴ PEDRO DE RIBADENEIRA, *Vida de San Ignacio de Loyola*, Apostolado de la Prensa, Madrid, 1942, p.35-36.

⁵ L.GONÇALVES DE CÁMARA, *Recuerdos Ignacianos*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 1992, n.131, p.113.

⁶ Carta circular a todos los Superiores de la Compañía, enviada el 6 agosto de 1556, *PCo*, II, 585.

San Ignacio ante la muerte

otros dos documentos donde trasladó su experiencia convirtiéndola en enseñanza.

2. El papel de la muerte en los Ejercicios

Desde el comienzo, el horizonte de la muerte está presente en tanto que en el *Principio y Fundamento* se menciona que hay que estar indiferente ante la vida larga o la vida corta [Ej 23]. Esta disponibilidad es condición para nuestra libertad. El sentido de la vida no se juega en la cantidad de años que vivamos, sino en la autenticidad con que vivamos. Encontramos de algún modo el ser-para-la-muerte heideggeriano: cada momento es determinante porque la muerte nos pone un límite ante el que confrontarnos. No para temerla sino, al contrario, para tomar conciencia de nuestra finitud, una finitud que no coarta sino que nos libera porque nos sitúa ante lo único necesario: vivir orientados sin distracciones hacia lo esencial, “solo deseando y eligiendo lo que más conduce para el fin que somos creados” [Ej 23].

En Primera Semana el recurso a confrontarse con el momento de la muerte aparece como un telón de fondo. Así lo recogen explícitamente dos de las adiciones:

Segunda adición: Cuando me despertare (...) en el segundo ejercicio, haciéndome pecador grande y encadenado, es a saber, que voy atado como en cadenas a parecer delante del sumo Juez eterno, trayendo en ejemplo cómo los encarcelados y encadenados ya dignos de muerte parecen delante su juez temporal. Y con estos pensamientos vestirme, o con otros, según subyecta materia [Ej 74].

Sexta adición: No querer pensar en cosas de placer y alegría, como de gloria, resurrección, etc.; porque para sentir pena, dolor y lágrimas por nuestros pecados impide cualquier consideración de gozo y alegría; mas tener delante de mí quererme doler y sentir pena, trayendo más en memoria la muerte, el juicio [Ej 78].

La *memoria mortis* estaba muy presente en el tiempo de san Ignacio. Durante el s. XIV la peste negra había devastado un tercio de la población europea. Los frescos que recubren las paredes de la capilla doméstica del castillo de Javier representan la danza de la muerte. Ello no tenía una intención macabra, sino que servía para recordar el carácter efímero de todas las cosas y ayudaba a vivir desasidamente. A los poderosos les recordaba la transitoriedad de su gloria y de su poder. También eran muy populares los *Ars moriendi*, manuales sobre cómo disponerse para morir, los cuales se complementaron con los *Ars vivendi*, porque, al fin y al cabo, el arte de

Javier Melloni

saber morir es el mismo arte de saber vivir. Ante ese límite, uno puede horrorizarse o sonreír, como el rostro del Cristo que se halla en esa misma capilla.

El quinto punto de meditación para los primeros ejercicios de Primera Semana tiene que ver con la sorpresa y el agradecimiento de estar vivo a pesar de todas las pulsiones destructivas que uno incubaba:

Al fin y al cabo, el arte de saber morir es el mismo arte de saber vivir. Ante ese límite, uno puede horrorizarse o sonreír, como el rostro del Cristo de Javier.

Exclamación admirativa con crecido afecto discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dejado en vida y conservado en ella: los ángeles, como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los santos cómo han sido en interceder y rogar por mí; y los cielos, sol, luna, estrellas, y elementos, frutos, aves, peces y animales; y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, creando nuevos infiernos para siempre penar en ellos [Ej 60].

126

La confrontación con la irreversibilidad de nuestros actos actúa como resorte de la conciencia. En el Directorio oficial de 1599 se menciona la posibilidad de proponer como tema de meditación la propia muerte⁷. Esta práctica está presente en otras tradiciones, como en los monjes ortodoxos y también en ciertas comunidades sufíes que meditan ante sus tumbas, incluso en el interior de sus futuras tumbas. Esta práctica es un ataque directo a las falsas identificaciones del ego. La luz que se recibe otorga una nueva oportunidad a la vida y éste es uno de los objetivos de los Ejercicios: vivir conscientes de la repercusión escatológica de nuestras acciones y decisiones. Hoy no nos ayuda el recurso al temor ni a la amenaza del infierno, sino que respondemos más a la posibilidad de la plenitud que produce conocer la verdadera dimensión de nuestro comportamiento. De aquí que todos los coloquios de Primera Semana se hagan ante Cristo en la cruz:

Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio: cómo de Creador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto, mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo; y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere [Ej 53].

Cristo en cruz es el umbral hacia una nueva forma de vida. Lo que haga

⁷ “Además de los cinco ejercicios se pueden añadir otros, según se dice al final del quinto ejercicio [Ej 72], tales como de otras penas del pecado, de la muerte, del juicio o de otros tormentos del infierno” (D 128), *Los Directorios de los Ejercicios*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2000, 350.

San Ignacio ante la muerte

a partir de ahora debe pasar por ese umbral. Por ello reaparece la muerte en Segunda Semana en torno de la elección:

Como si estuviese en el artículo de la muerte, la forma y medida que entonces querría haber tenido en el modo de la presente elección; y, reglándome por aquella, haga en todo mi determinación [Ej 186].

Del mismo modo, en las *Reglas para distribuir limosnas* se menciona tal horizonte como ámbito de libertad:

Quiero considerar, como si estuviese en el artículo de la muerte, la forma y medida que entonces querría haber tenido en el oficio de mi administración; y reglándome por aquella, guardarla en los actos de mi distribución [Ej 340].

Elegir ante el momento de morir da claridad y libertad porque entonces habrán desaparecido los apegos, todo aquello a lo que nos aferramos y que ofusca nuestro entendimiento. En contraposición a ello, en la meditación de los Tres Binarios, Ignacio presenta como ejemplo de mala disposición un tipo de personas que eluden y posponen las decisiones decisivas que han de tomar:

El primer binario querría quitar el afecto que a la cosa adquirida tiene, para hallar en paz a Dios nuestro Señor y saberse salvar; y no pone los medios hasta la hora de la muerte [Ej 153].

El peligro es quedar instalados en esta situación tóxica y ambigua que impide crecer. El temor a la pérdida hace aplazar indefinidamente unas decisiones que nos estancan y bloquean el flujo del vivir.

La elección se sitúa al término de la Segunda Semana, cuando el ejercitante ha dilucidado y abrazado la llamada que Dios le hace. Si tal es el objetivo de los Ejercicios, parecería que deberían acabar entonces. Sin embargo, se trata solo de la mitad del recorrido. Queda todavía el paso por la Tercera y la Cuarta Semanas. La primera supone una adentramiento en los afectos aparentemente destructores de la muerte –“*considerar cómo la divinidad se esconde*” [Ej 196]– para que se puedan manifestar sus efectos transformadores [Ej 223]. Con esta anticipación de lo que sucederá se produce un cambio de percepción. Ya desde ahora está abrazada la propia muerte bajo la luz de la resurrección. Los Ejercicios culminan con esa ofrenda integral: “*Tomad, Señor, y recibid, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad...*” [Ej 234]. Esta oración marca el comienzo de una disposición que se irá agrandando a lo largo de toda una

Javier Melloni

vida hasta llegar a la rendición total. Como dice una sentencia medieval, “quien muere antes de morir, no muere cuando muere”.

3. La mención de la muerte en las Constituciones

“Así en la vida como
 en la muerte”.
 San Ignacio tenía
 conciencia de que
 morimos como vivimos.

Antes de concluir este artículo, merece retomar lo que san Ignacio dejó escrito en las Constituciones sobre cómo debería saber y poder morir un jesuita. En la parte VI dedicada a los que ya han sido admitidos a la Compañía, se destina el capítulo cuarto a esta cuestión, bajo el epígrafe: “*De la ayuda que se da en la muerte de los de la Compañía*”. Allí se lee:

Como en la vida toda, así también en la muerte, y mucho más, debe cada uno de la Compañía esforzarse y procurar que Dios Nuestro Señor sea en él glorificado y servido, y los prójimos edificados. Por lo menos por el ejemplo de su paciencia y fortaleza, con fe viva, esperanza y amor de los bienes eternos que nos mereció y adquirió Cristo Nuestro Señor con los trabajos tan sin comparación alguna de su temporal vida y muerte [Co 595].

128

“Así en la vida como en la muerte” comienza diciendo el párrafo. San Ignacio tenía conciencia de que morimos como vivimos. Y el modelo no puede ser otro que Cristo, en el cual estamos llamados a reconocernos. El texto prosigue considerando cómo la enfermedad nos debilita y cómo tenemos y tendremos necesidad unos de otros en ese momento de tránsito:

Sin embargo, porque muchas veces la enfermedad es de tal cualidad que quita en gran parte el uso de las potencias del ánima, y es aquel paso tal que por las graves impugnaciones del demonio y lo mucho que importa no ser vencido por él, requiere el socorro de la fraterna caridad [Co 595].

En este pasaje hallamos reminiscencias de lo que el peregrino vivió en Manresa y en muchos otros momentos de su vida: la necesidad de los demás. Tal es uno de los efectos de la capacidad sanadora de la enfermedad como debilitadora del ego. El otro pasaje significativo de las Constituciones para nuestro asunto aparece a propósito de las cualidades que ha de tener el P. General:

Y así mismo la magnanimidad y fortaleza de ánimo le es muy necesaria para sufrir las flaquezas de muchos, y para comenzar cosas grandes en servicio de Dios Nuestro Señor; y perseverar constantemente en ellas cuanto conviene, sin perder ánimo con las contradicciones (aunque fuesen de personas grandes y potentes), ni

San Ignacio ante la muerte

dejarse apartar de lo que pide la razón y el divino servicio por ruegos o amenazas de ellos, siendo superior a todos casos, sin dejarse levantar con los prósperos ni abatirse de ánimo con los adversos, estando muy aparejado para recibir, cuando fuese menester, la muerte por el bien de la Compañía en servicio de Jesucristo Dios y Señor Nuestro [Co 728].

Dos iconos nos evocan estas palabras y encarnan lo que San Ignacio habría deseado: Lorenzo Ricci (1703-1775) muriendo solo en el castillo de Sant'Angelo después de dos años de prisión, y los últimos años del P. Arrupe (1907-1991) en la enfermería de la curia generalicia, donde vivió prolongadamente las palabras que dirigió a los jesuitas presentes en la Congregación General XXXIII:

Yo me siento, más que nunca, en las manos de Dios. Es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y eso es también lo único que sigo queriendo ahora. Pero con una diferencia: hoy toda la iniciativa la tiene el Señor. Les aseguro que saberme y sentirme totalmente en sus manos es una profunda experiencia⁸.

Todos, como peregrinos, estamos llamados a llegar de este modo a nuestro final, que no será sino nuestro Principio.

⁸ Congregación General XXXIII de la Compañía de Jesús, Mensajero, Bilbao 1983, 108.